

DICENTA
según algunos literatos y periodistas.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
FÍSICAS Y MATEMÁTICAS
CALLE MONTEVIDEO 1281

DICENTA

El rasgo distintivo de la personalidad literaria de Dicenta, así en el teatro como en la crónica, es el de la demofilia.

Hay muchas clases de demófilos; y permítame D. Fernando Lozano que generalice el seudónimo usado valerosamente por su merced desde tantos años ha. Hay muchas suertes de amadores del pueblo, mas no todas son igualmente simpáticas ni merecen en rigor el puro y noble dictado de demofilia.

Quien dice amor dice desinterés; y por cada demófilo realmente desinteresado en su pasión por la plebe hay mil que saben sacar de ella muy buen partido, sin contar los francamente histriones de ese amor, como el Publio pintado por Benavente en *La Ciudad alegre y confiada*.

Explotadores de la demofilia son el demagogo, el politicastro que quiere al pueblo mucho, muchísimo... para encumbrarse sobre sus lomos y sus hombros y darle después un puntapié; el sociólogo que no halla en este cariño más que un pretexto para despachar lucrativamente la indigesta cargazón de sus estudios; el filántropo a la manera del tradicional don Juan de Robres; el Tartufo que va tras de los desheredados con intenciones de proselitismo y abanderamiento borreguil; el literato sentimental y declamatorio que en aquellos dramas y novelones, tan en boga cincuenta años ha, siempre pintaba al rico como un bribón y al pobre como un dechado de todas las virtudes humanas.

La demofilia alcanza su más alta y pura expresión en el divino Jesús, en San Francisco de Asís, en San Francisco de Paula, en San Juan de Dios, en San Vicente de Paul, en Pestalozzi, en la vizcondesa de Jorbalán, en el santo anarquista Fermín Salvochea... Harto exagerado en verdad sería poner en semejantes alturas la demofilia de Joaquín Dicenta;

pero en punto a sinceridad, a efusión en el verbo, a realidad en las tristes pinturas, puede el español cuya pérdida lloramos hoy hombrearse muy gallardamente con Zola, con Tolstoï y con Máximo Gorki.

A falta de la cantidad abrumadora en el bage, aunque el de Dicenta tampoco es de los más exiguos, bástale la calidad de una obra que quedará como uno de los arquetipos en nuestra literatura contemporánea y en la pintura fiel de nuestra actual vida plebeya. El amor a la plebe, a la atrasada y maltrecha plebe española, rebosa por todas partes en *Juan José*, que aparte de su admirable sobriedad técnica, su realismo de pura casta española y el hálito de pasión que inflama sus escenas, quedará como uno de los alegatos más justicieros que jamás hayan podido formularse contra la ineducación grosera y el servilismo abyecto en que tienen al pueblo los egoístas, viciosos y semiprivilegiados que están en contacto más directo con él.

Y a eso no se llega, por hondo que se piense y por claro que se escriba, sin querer al pue-

blo de veras. Dicenta ama de todo corazón al desvalido, al menesteroso, al obrero, al minero, al labriego, al sufrido marinero del Norte o de Levante, a la mujer descarriada, al golfo por necesidad, hasta al hampón ocasional o forzoso... Los quiere, porque los conoce y los compadece, y desde los efectos sabe apuntar a las causas.

A lo que nunca llega la demofilia de Dicenta, por lo mismo que es ingenua y, como ahora dicen, «documentada», es a la adulación en que los demófilos por sistema, por conveniencia o por vago sentimentalismo de gabinete, han incurrido desde los tiempos de la demagogia helénica hasta *Le Chiffonnier de Paris*, de Félix Pyat, y *Les Gueux*, de Juan Richepin.

¿Cómo iba a adular a la plebe quien se penetraba, se identificaba plenamente con sus ímpetus generosos, con sus buenos instintos, con su hambre y sed de justicia, lo mismo que con los vulgares desvaríos en que el aprieto y la opresión buscan un derivativo a sus angustias habituales? El tributo forzoso que este género de demofilia, directa y comprobada, pres-

ta a aquellos desvaríos, que nunca excluyeron una labor vibrante y fecunda, es el que ha forjado en la Beocia que tenemos el deshonor de padecer *la leyenda de Dicenta*.

«Siempre se exagera», dice un estribillo corriente, y en las aventuras de Dicenta se ha exagerado hasta el absurdo calumnioso. Muchas de las más ruidosas — y no habrá quien desmienta fundadamente este aserto — fueron testimonios de la demofilia ardorosa y constante que animaba todos los hechos y dichos del autor de *El señor feudal y Pa mí, que nieva*: un trabajillo minúsculo que vale por todo un poema de miseria, abandono social y resignación individual.

Esas aventuras alborotadas que han forjado *la leyenda de Dicenta* eran cabalmente el fruto amargo y violento, si se quiere, del mismo amor al pueblo que encendía el espíritu de este singular Joaquín, tan elegante, ameno y sociable «cuando Dios quería».

¿Con quién se las había en esas aventuras este caballero andante de la plebe, especie de Quijote a la moderna usanza? Con los enemi-

gos íntimos del pueblo: con el matón, el chullo, el gorrón, el entremetido, el usurero, el tahur, el tasquero de mala fe, la fiadora, la Celestina y la daifa de mal *arate*, como dicen.

A esta acción quijotesca, y por consiguiente noble y briosa, queda reducida la *leyenda* que entre la espuma social y las heces del mismo vaso se han forjado para obscurecer los méritos literarios y personales de este español españolísimo que con tan poéticos acentos supo trasladar a la escena la conversión del duque de Gandía, como con rasgos dignos de Velázquez, Goya y Alenza supo expresar las miserias, vicios y anhelos de redención en que se agitan el alma y el cuerpo de la plebe hispánica.

Joaquín: descansa en paz. La sana, franca, ingenua demofilia ha perdido en ti un paladín de corazón abierto, cerebro luminoso y mano infatigable. Si pecaste alguna vez (y arrójete la primera piedra quien no haya pecado nunca), te salvarás en el recuerdo español por tu amor constante al pueblo, abillantado en larga y tenaz labor por un ingenio fuerte y una pluma valerosa.

Sin el prestigio religioso, sin el aparato sociológico, sin aureolas filantrópicas y sin sentimentalismo de encargo y mogollón, quedarás, Joaquín, en la historia contemporánea como un demófilo de verdad, como un amator del pueblo a toda prueba. Te bastó para ello convivir con él, padecer y gozar con él, y escribir para él con toda tu alma.

MARIANO DE CÁVIA.

MURIÓ DICENTA

Juan José, con *la llana* y unos ladrillos,
el nicho del maestro tapia con fe...
y una lágrima rueda por los carrillos
del encalado rostro de Juan José...

El albañil honrado, que mató a Rosa,
da, con dos paletadas, a su obra fin...
¡Dicenta para siempre, y en paz, reposa!...
¡Dicenta ya no vive!... ¡Pobre Joaquín!...

*
* *

¡Aun le veo!... Era, a veces, como un mo-
[chuelo
de ojos verdes, redondos, en su oquedad...
(¡Paradójico buho que, en alto vuelo,
iba siempre buscando la claridad!...)

Otras veces romana su faz añoro;
y le veo, soldado de una legión,
o poeta, o tribuno, ir por el foro
cantando, contra un César, la rebelión...

Romana era su cara, fina y pulida...
En los clásicos bustos su efigie está...
Fué un romano, y, cual ellos, partió su vida
entre el Arte y la Orgía, *mitá y mitá*...

Pero siempre en sus vicios y en su trabajo
luchar por el humilde fué su virtud...
Con *los de abajo* siempre; por *los de abajo*
perdió sus energías y su salud...

¡Con firmeza mantuvo sus ideales!...
Firme en sus convicciones llegó hasta el fin!...
Por que todos los hombres fuesen iguales
luchó toda su vida... ¡Pobre Joaquín!...

Y triunfó, aunque fué el triunfo de última
[hora,
pues ya el rebelde ha dado con la mansión
que es *de todos los hombres* niveladora
y en que *todos los hombres* iguales son...

¡Duerma en paz el caudillo, bravo poeta,
romántico e iluso desde el nacer!...
¡No tuvo otro descanso su vida inquieta
que este eterno descanso que da el no ser!...

¡Sus ansias, sus dolores, sus agonías,
sólo consuelo hallaron al expirar!...
Lucentum permitióle finar sus días
cerca del mar latino, que fué su mar!

LUIS DE TAPIA.